



San José Sánchez del Río, ¡ruega por nosotros!

02 de mayo de 2020

LO QUE DIJERON 10 SANTOS ANTES DE IR AL CIELO: CITAS ASOMBROSAS

Por
Gregorio Murphy

El adagio latino *capta* muy bien la realidad: *talis vita, finis ita*. Esto significa que, como se vive, se muere. Si uno vive bien, es probable que tenga una buena muerte con la gracia de Dios. Mientras que quienes viven una vida pecaminosa es poco probable que hagan una conversión de último minuto y mueran bien.

Los santos se distinguen por su singularidad. Aceptan la muerte con confianza, incluso con alegría. Saben lo que le espera a cada alma fiel que lucha heroicamente la buena batalla en la tierra: el Cielo. Los diez santos que aparecen aquí muestran un grado tan alto de unión con Dios y con la Santísima Virgen María que ya parecen experimentar un anticipo del Cielo en su lecho de muerte.

Sus últimas palabras prueban que una vida de virtud heroica, unida a la Cruz de Cristo, es fuente de verdadera felicidad en esta vida y en la próxima.

San Andrés Apóstol

Últimas palabras: “Conozco la virtud de tu Santa Cruz”.



En su crucifixión, San Andrés compuso la siguiente oración:

“¡Oh Cruz hermosísima que fuiste glorificada al llevar el Cuerpo de Cristo! Cruz gloriosa, dulcemente deseada, ardientemente amada, siempre buscada y finalmente preparada para mi corazón que tanto te ha esperado. Tócame, oh Cruz, abrázame. Libérame de mi vida entre los hombres. Llévame pronto y diligentemente al Maestro. Por ti me recibirá Él, que por ti me ha salvado”.

El santo Apóstol prosiguió: “Señor, Rey eterno de la gloria, recíbeme colgado del madero de esta dulce cruz. Tú que eres mi Dios, a quien he visto, no permitas que me suelten de la cruz. Hazlo por mí, Señor, porque conozco la virtud de tu Santa Cruz”.

Santa Juana de Arco (1412—1431)
Su última palabra: “Jesús”.

El padre Jean Massieu, testigo ocular, relata cómo murió Santa Juana mientras ardía en la hoguera: “...pronunció lamentaciones piadosas y devotas e invocó a la Santísima Trinidad, a la bienaventurada y gloriosa Virgen María y a todos los bienaventurados santos del Paraíso”.

Los jueces y varios ingleses que vieron morir a Santa Juana de Arco se conmovieron tanto que lloraron. Sus enemigos “reconocieron la mano de Dios e hicieron profesión de fe cuando la vieron morir de manera tan notable. Y su última palabra, al morir, fue un fuerte grito de ‘Jesús’”.

El fuego consumió su cuerpo pero su corazón permaneció milagrosamente intacto



Saint Jose Sanchez del Río (1913-1928)
Sus últimas palabras: “¡Viva Cristo Rey!”

Después de luchar valientemente por los cristeros, San José fue capturado. Mientras los socialistas torturaban bárbaramente al muchacho de 14 años a machetazos, los soldados impíos gritaban: “Si gritas ‘Muerte a Cristo Rey’, te perdonaremos la vida”.

Su respuesta firme fue siempre la misma: “¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe!”. Aunque sus torturadores le atravesaron el cuerpo con bayonetas, con cada puñalada él gritaba cada vez más fuerte: “¡Viva Cristo Rey!”.

Rey San Fernando de Castilla (1199—1252)

Sus últimas palabras: “¡Canten el Te Deum!”

Antes de morir, San Fernando hizo una confesión pública de sus más pequeños pecados desde su niñez hasta las imperfecciones de ese día.

Entonces llamó a su hijo mayor y le dijo: «Hijo, serás rico en tierras y en muchos buenos vasallos... Procura hacer el bien y ser bueno: te dejo señor de todas las tierras de este lado del mar que los moros ganaron al rey visigodo Rodrigo... Si mantienes los límites del estado como te los dejo, eres tan buen rey como yo; si conquistas más, eres mejor, y si los límites disminuyen, entonces no eres tan bueno como yo».



Dirigiéndose a los que estaban a su lado, continuó: “Si por mi culpa tenéis alguna queja, por favor, perdonadme”.

Entonces tomó el cirio con ambas manos, y de alguna manera encontró fuerza en la energía moral para levantarlo en alto mientras decía: “Señor, desnudo salí del vientre de mi madre que era la tierra, y desnudo me ofrezco a ella; y, Señor, recibe mi alma en compañía de tus siervos”.

En un arrebato de alegría, el santo ordenó: “¡Canten el Te Deum!”

Santa Bernadette Soubirous (1844—1879)

Sus últimas palabras: “Pobre pecador”.

Ya en su lecho de muerte, Santa Bernadette “lanzó un fuerte grito y con los ojos dirigidos al cielo y los brazos extendidos como en una cruz, dijo: 'Dios mío'. Un temblor de reverencia mezclado con miedo recorrió a las tres monjas, que todavía estaban arrodilladas... Repitió dos veces: 'Santa María, Madre de Dios, ruega por mí, pobre pecadora’”.



“Pobre pecadora”, fueron las últimas palabras del santo francés que vio a Nuestra Señora en Lourdes. Ella murió sosteniendo un crucifijo contra su corazón.

Santo Domingo de Guzmán (1170 – 1221)

Sus últimas palabras: “Gracias a Dios...”

Santo Domingo predicó contra la herejía albigense y promovió el santo rosario.

En su última hora, hizo una “confesión general al Padre Ventura, y cuando terminó, añadió, dirigiéndose a los demás: 'Gracias a Dios, cuya misericordia me ha conservado en perfecta virginidad hasta este día: si queréis guardar la castidad, guardaos de toda conversación peligrosa y velad por vuestros propios corazones'”.

Siguió las oraciones lo mejor que pudo moviendo los labios. Al pronunciar las palabras del Subvenite Sancti Dei, el santo “extendió los brazos al cielo y expiró”.



San René Goupil (1608 – 1642)

Sus últimas palabras: “Jesús, Jesús, Jesús”.



San Isaac Jogues fue testigo del martirio de San Goupil. Escribe:

“... Sentí un presentimiento de lo que sucedería y le dije a René: 'Mi querido hermano, encomendémonos a nuestro Señor y a nuestra querida Madre, la Santísima Virgen María. Temo que estos indios tengan algún mal designio...”

' Unos minutos antes, René y yo nos habíamos ofrecido a Nuestro Señor con intensa devoción. Rogábamos a Dios que aceptara nuestras vidas y nuestra sangre, y las uniera a Su vida y Su sangre para la salvación de estas tribus paganas. Regresábamos al pueblo, rezando nuestro Rosario...

“Nos detuvimos en la puerta de la empalizada para escuchar lo que los dos iroqueses tenían que decir. Uno de ellos sacó un hacha de guerra de debajo de su manta y le asestó a René un golpe en la cabeza. René cayó postrado al suelo, pronunciando el santo Nombre de Jesús, Jesús, Jesús. A menudo nos habíamos recordado mutuamente que debíamos terminar nuestros discursos y nuestras vidas con ese santísimo Nombre...”

Santo Tomás Moro (1478 – 1535)

Últimas palabras: “Muerdo como buen servidor del Rey, pero primero de Dios”.



Como canciller de Inglaterra, Santo Tomás Moro se negó a apoyar el divorcio y el nuevo matrimonio inmoral del rey Enrique VIII. Su fidelidad a la Iglesia no vaciló. Finalmente, el rey lo acusó de alta traición y lo condenó a muerte.

“Sus palabras fueron breves pero debían ser inmortales. Pidió a la multitud que rezara por él y que diera testimonio de que moría “en y por la fe

de la Santa Iglesia Católica”. Luego vino la gloriosa y eternamente recordada afirmación de que “murió como buen siervo del Rey, pero primero de Dios”.

Papa San Gregorio VII (1015—1085)

Últimas palabras: “He amado la justicia y odiado la iniquidad, por eso muerdo en el destierro”.

El papa Gregorio VII fue un gran reformador. Sin embargo, sus santos decretos enfurecieron tanto al emperador Enrique IV que éste invadió Roma. El santo papa se vio obligado a huir.



“...cuando los cardenales que lo rodeaban en su lecho de muerte hablaron de las buenas obras que había realizado, el Papa moribundo respondió: “Queridos hermanos, todas estas

cosas las considero nada; una sola cosa me da confianza: que he amado la justicia y odiado la iniquidad". Nuevamente, en la hora de la muerte, sus últimas palabras fueron: "He amado la justicia y odiado la iniquidad, por eso muero en el exilio".



Santo Tomás Becket (1119-1170)

Últimas palabras: "...Estoy dispuesto a abrazar la muerte".

Cuando el rey Enrique II de Inglaterra atacó los derechos de la Iglesia católica, Santo Tomás Becket, arzobispo de Canterbury, tuvo el valor de oponersele. Después de años de conflicto, Enrique II dijo airadamente: "¿Nadie me libraré de este sacerdote turbulento?"

Cuatro caballeros que sabían lo que quería el rey entraron en la catedral mientras Santo Tomás rezaba las vísperas y gritaron: "¿Dónde está el traidor?". El santo respondió con valentía: "Aquí estoy, no soy un traidor, sino un arzobispo y sacerdote de Dios".

Edward Grim, un testigo, registró sus últimas palabras: "Por el nombre de Jesús y la protección de la Iglesia estoy dispuesto a abrazar la muerte".

Fuentes:

América necesita a Fátima, "San Andrés Apóstol".

Ben D. Kennedy, "Santa Juana de Arco", Santa Juana de Arco

Elias Rubio, "San José Sánchez del Río: Héroe para Cristo Rey", TFP Student Action

Hermana María del Carmen Fernández Castro Cabeza, *La vida del muy noble rey de Castilla y León, San Fernando III* (Nueva York, NY The Foundation for a Christian Civilization, Inc.) pág. 276

Margaret Trouncer, *Santa Bernadette la niña y la monja* (Nueva York, NY: Sheed and Ward, 1958), págs. 239-240

Augusta Theodosia Drane, *La vida de Santo Domingo* (Rockford, Illinois: Tan Books and Publishers, INC.), pág. 226

John Farrow, *La historia de Tomás Moro* (Sheed and Ward Nueva York 1954) pág. 227

Arnold Harris Mathew, *La vida y los tiempos de Hildebrando, papa Gregorio VII* (Londres, Francis Griffiths 1910) pág. 240

"Thomas Becket" de Herbert Thurston en *The Catholic Encyclopedia*. Nueva York, The Encyclopedia Press, Inc., 1911 pág. 678

Edward Grim traducido por Dawn Marie Hayes, "Medieval Sourcebook: Edward Grim: The Murder of Thomas Becket", Fordham University